

drama se confundían en una especie de concierto borrascoso. Pensador por la inspiración, tribuno por la elocuencia, mujer por el atractivo, su belleza, invisible á la multitud, necesitaba de la inteligencia para ser comprendida y de la admiración para inspirar sentimiento. No era en ella lo más notable la belleza del rostro y de las formas, sino la inspiración visible y la pasión que en ella se descubría. Su actitud, sus ademanes, el sonido de su voz y sus miradas, todo esto obedecía á su alma para dar mayor lustre á su persona. De sus negros ojos salían, á través de unas hermosísimas pestañas, ciertas chispas eléctricas de ternura y de orgullo. Véíase uno casi forzado á seguir su mirada cuando la dirigía hácia el espacio, como si tratase de encontrar en él las inspiraciones que buscaba. Esta mirada, franca y profunda como su alma, tenía tanta serenidad como brillo, y se sentía que el resplandor de su genio no era sino la reverberación de un gran foco de ternura que abrigaba en su corazón. Así había un amor secreto en la admiración que excitaba, y en esta misma admiración, el amor era lo único que ella apreciaba, porque para ella no era otra cosa el amor sino una admiración muy viva.

Los sucesos dan la madurez muy pronto. Las ideas y las cosas se habían sucedido en su vida con tal precipitación, que podía decirse que nunca había sido niña. A los veintidos años poseía toda la madurez del pensamiento, unida á la gracia y á la savia de los años juveniles. Escribía como Rousseau y hablaba como Mirabeau. Capaz de concepciones atrevidas y de seguir cualquier designio que concibiese, podía contener á la vez en su seno un gran pensamiento y un gran sentimiento. Semejante á las mujeres de la antigua Roma, que en la decadencia de la república agitaban el mundo con el movimiento de sus corazones, ó que daban y quitaban el imperio concediendo ó negando su favor, ésta quería que su pasión se confundiese en su política, y que la elevación de su genio sirviera para elevar á aquel que ella prefiriese. Su sexo le prohibía aquella acción directa que la plaza pública, la tribuna ó el ejército no conceden sino á los hombres en los gobiernos de publicidad. Ella debía permanecer invisible en medio de los acontecimientos que quería dirigir. Ser el destino oculto de un grande hombre, obrar por su mano, hacer su suerte, brillar llevando su nombre, era la única ambición que le estaba permitida; ambición tierna que seduce á la mujer, y que es suficiente al genio desinteresado. Ella no podía ser de un hombre político sino su conciencia y su inspiración; buscaba ansiosa á este hombre, y su ilusión le hizo creer que había dado con él.

## XIV

Había entónces en París un oficial general, jóven, de ilustre raza, de belleza seductora y dotado de un espíritu gracioso, flexible y vivo. Aunque llevaba el nombre de una de las familias más acreditadas en la corte, cierta nubecilla eclipsaba todas estas cualidades, porque, según se decía, circulaba por sus venas sangre bastarda, aunque real, y su fisonomía recordaba involuntariamente la de Luis XV. Acreditaba este rumor la ternura con que le querían las tías de Luis XVI, á cuya vista se había criado, manteniéndose luégo á su lado, y habiendo ascendido por el favor que aquellas señoras le dispensaban á los más distinguidos empleos del ejército y de la corte.

Este jóven era el conde Luis de Narbona. Criado en semejante cuna, educado

después en la corte, cortesano por nacimiento y mimado por aquellas manos femeninas, célebre tan sólo por su figura, por sus ligerezas y por sus salidas, no podía esperarse de semejante hombre ni la fe ardiente que precipita en el seno de las revoluciones, ni la energía estoica que es necesaria para llevarlas á cabo y dirigir-las. Este noble jóven creía sólo á medias en la libertad, y no veía en el pueblo sino un soberano más exigente y más caprichoso que los otros, con el cual era preciso desplegar más habilidad para seducirle y más política para manejarle. Sentía en sí toda la flexibilidad necesaria para desempeñar este papel, y tuvo la osadía suficiente para intentarlo. Sin grandes convicciones, pero dotado de ambición y de valor, las circunstancias no eran á su vista sino un drama como la Fronda, en que los más hábiles actores podían ensanchar sus esperanzas en proporción á los hechos que fuesen acaeciendo, y dirigirlos hasta su desenlace. Ignoraba que en las revoluciones no hay sino un actor principal: la pasión. El no la tenía. Balbuceaba las palabras del dogma revolucionario; tomó el traje de la época, pero su alma era de otro temple que el que exigían las circunstancias.

El contraste que había entre aquella naturaleza y el papel que representaba, el ver aquel favorito de las cortes lanzado entre la multitud para servir á la nación, y el reparar en aquella elegancia aristocrática cubierta con la máscara del patriotismo del tribuno, fueron cosas por un momento del agrado del pueblo. Este aplaudió aquella transformación como una dificultad vencida, porque le halagaba contar entre sus filas á los grandes señores. En esto veía un testimonio auténtico de su poder, se sentía rey al verse rodeado de cortesanos, y les perdonaba á éstos su distinguido rango, en gracia de la complacencia que hacía él tenían.

Madama de Staël se prendó tanto del corazón como del espíritu de Mr. de Narbona. Su enérgica y tierna imaginación prestó al jóven militar todo lo que ella le deseaba, porque no siendo sino un hombre brillante, activo y valiente, ella hizo de él un político y un héroe. Engrandecióle con todos sus sueños para que se pusiese á la altura de su ideal, le rodeó de un gran prestigio, le creó una nombradía, le señaló un papel que desempeñar, é hizo de él el tipo vivo de su política. Desdeñar la corte, seducir al pueblo, mandar el ejército, intimidar á Europa, arrastrar á la Asamblea por su elocuencia, servir á la libertad, salvar á la nación, y venir á ser, por sola su popularidad, el árbitro entre el trono y el pueblo, reconciliándolos en una Constitución liberal y monárquica á la vez; tal era la perspectiva que ella se ofrecía para sí y para Mr. de Narbona.

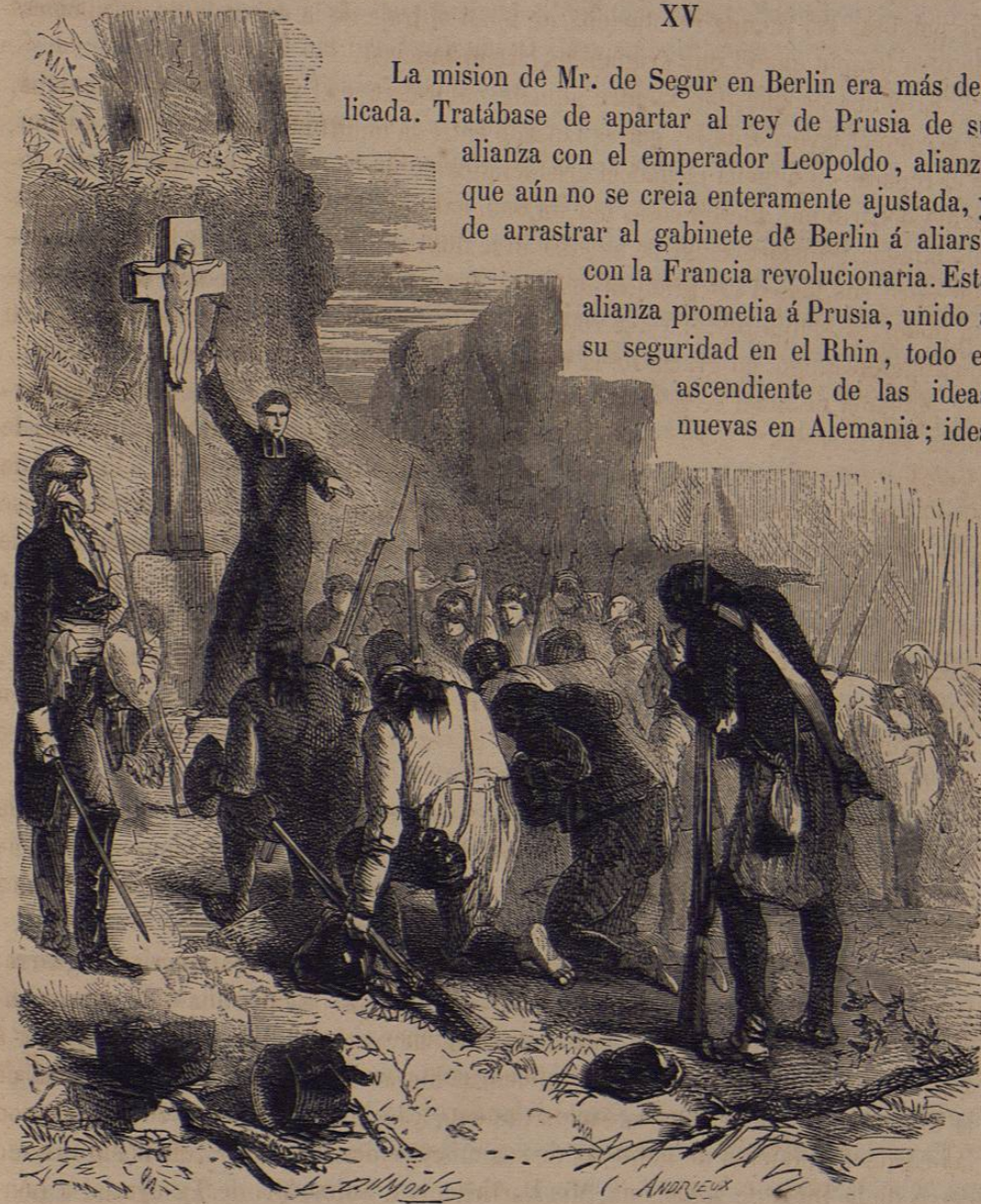
Ella encendió su ambición con sus pensamientos. El se creyó capaz de aquella misión, puesto que ella la soñaba para él. El drama de la revolución se reconcentró en aquellas dos inteligencias, y su conjuración fué por algún tiempo la única política de toda Europa.

Madama de Staël, Mr. de Narbona y el partido constitucional querían la guerra; pero querían una guerra parcial, y no una guerra desesperada que, removiendo la nacionalidad hasta en sus cimientos, llevaría tras sí el trono y lanzaría á Francia en la república. Por su influencia lograron renovar todo el personal de la diplomacia, que pertenecía exclusivamente á los emigrados ó al rey, y llenaron las cortes extranjeras de hombres de sus mismas ideas. Mr. de Marbois fué enviado cerca de la Dieta de Ratisbona, Mr. Barthelemy á Suiza, Mr. de Talleyrand á Londres y Mr. de Segur á Berlin. La misión de Mr. de Talleyrand era hacer fraternizar

el principio aristocrático de la Constitución inglesa con el principio democrático de la Constitución francesa, que se creía poder equilibrar y moderar estableciendo la alta Cámara. Había esperanza de interesar á los hombres políticos de la Gran Bretaña en una revolución que era una imitación de la suya, y que después de haber removido el pueblo, vendría á hacerse flexible en manos de una aristocracia inteligente. Esta misión era fácil si la revolución se hubiese regularizado por espacio de algunos meses en París. Las ideas francesas tenían popularidad en Londres. La oposición allí era revolucionaria, y Fox y Burke, que entonces eran amigos, apasionaban al pueblo en favor de la libertad del continente. Preciso es hacer justicia á la Inglaterra, confesando que el principio moral y popular oculto en las bases de su Constitución no se ha desmentido jamás á sí mismo combatiendo los esfuerzos que han hecho los demás pueblos por darse un gobierno libre. Esta nación se ha asimilado la libertad en todas partes.

## XV

La misión de Mr. de Segur en Berlin era más delicada. Tratábase de apartar al rey de Prusia de su alianza con el emperador Leopoldo, alianza que aún no se creía enteramente ajustada, y de arrastrar al gabinete de Berlin á aliarse con la Francia revolucionaria. Esta alianza prometía á Prusia, unido á su seguridad en el Rhin, todo el ascendiente de las ideas nuevas en Alemania; idea



Insurrección en la Vendée.—Pág. 191.

maquiavélica que debía ser del agrado del genio agitador del gran Federico. Este había hecho de Prusia la potencia corrosiva del imperio.

Mr. de Segur no quiso marchar sino despues de haber obtenido el asentimiento del rey y de la reina para las tentativas pacíficas de que iba encargado. Esta adhesion fué sincera, y sin embargo, todavía no había llegado á Berlin Mr. de Segur, cuando una pretendida copia de las instrucciones que llevaba, salida de Paris, se hallaba en manos del rey de Prusia. Estas dos palabras, *seducir* y *sobornar*, eran el espíritu de ella. El rey de Prusia tenía favoritos y queridas. Mirabeau había escrito ya en 1786: «No puede haber secretos en Berlin para el embajador de Francia sino por falta de dinero ó de habilidad; aquel país es avaro y pobre, y no hay ningun secreto de Estado que no pueda comprarse con tres mil luises». Mr. de Segur debía tratar ántes de todo de captarse la voluntad de las dos favoritas. Era una de ellas hija de Elías Enka, músico de la capilla del rey difunto. Hermosa y espiritual, había llamado la atención del rey á la edad de doce años, cuando no era más que príncipe real. Desde esta edad tan tierna la había predeterminado para que fuese el objeto de su amor, y la había hecho educar con todo el esmero y todo el lujo con que puede educarse una princesa. Había viajado por Francia y por Inglaterra, sabía todas las lenguas de Europa, y había cultivado su talento natural con el trato de los literatos y de los artistas más célebres de Alemania. Un casamiento fingido con Rietz, ayuda de cámara del rey, motivaba su residencia en la corte, y le permitía reunir á su lado lo más selecto de Berlin en hombres eminentes, políticos y literatos. Mimada por una precoz fortuna, y no cuidándose mucho de mantenerla, había dejado que otras dos rivales le disputasen el corazón del rey. Una de ellas, que era la jóven condesa de Ingenheim, acababa de morir en la flor de sus años; la otra era la condesa de Lichtenau, que había tenido dos hijos del rey, y que se lisonjeaba en vano de hacerle olvidar á la señora de Rietz.

El baron de Roll en nombre del conde de Artois, y el vizconde de Caraman en el de Luis XVI, se habían apoderado de todas las avenidas de aquel gabinete. El conde de Goltz, embajador de Prusia en Paris, había informado á su corte del objeto de la mision de Mr. Segur. Susurrábase entre los círculos mejor informados que aquel enviado llevaba consigo algunos millones destinados á pagar la debilidad ó la traicion del gabinete.

Las supuestas instrucciones llegaron á Berlin dos horas ántes que Mr. de Segur. Estas revelaban al rey un plan completo de seducciones y de venalidades que el agente de Francia debía poner en práctica entre sus favoritos y sus queridas; su carácter, su ambicion, sus rivalidades, sus debilidades falsas ó verdaderas, y los medios de obrar é influir por medio de aquellas gentes sobre el espíritu del rey, estaban anotados allí con toda la seguridad de la confidencia. También se veía una tarifa para todas las conciencias y un premio para todas las perfidias. El ayudante de campo favorito del rey, Bischofwerder, entónces muy poderoso, debía ser tentado por ofertas irresistibles, y caso que su connivencia llegara á descubrirse, una magnífica posicion en Francia había de ponerle al abrigo de toda eventualidad.

Estas instrucciones se había hecho que llegasen á manos de aquellos mismos cuya fidelidad debiera ponerse á precio. Estos las entregaron al rey con la seguridad de unas conciencias odiosamente calumniadas. El rey se ruborizó al ver el

imperio que se atribuía al amor ó á la intriga en su política, y se indignó de que se tratase de corromper la fidelidad de sus servidores. Desde aquel instante toda negociacion fué ya imposible, y Mr. de Segur fué recibido con una fria reserva, afectando Federico Guillermo no querer hablarle sino en presencia de todos. Preguntó una vez en voz alta delante de él al enviado del elector de Maguncia qué noticias tenía del príncipe de Condé. El enviado le respondió que aquel príncipe se aproximaba con su ejército á las fronteras de Francia. «Hace bien,—dijo el rey,— porque está muy próximo á entrar en ella.» Mr. de Segur, acostumbrado á salir bien en sus negociaciones durante su larga permanencia en la corte de Catalina, cuyo íntimo favor obtuvo, dicen que comprometió á la condesa de Ashkof y al príncipe Enrique de Prusia en el partido de la paz. Todavía hizo mucho más: enterado finalmente de la existencia de aquellas fingidas instrucciones, logró hacerse dar una copia de ellas, y demostrar su falsedad al rey Federico Guillermo. Esto mismo fué un lazo para su negociacion, y otras nuevas intrigas hicieron inútiles todos sus esfuerzos. El rey, poniéndose de acuerdo con el emperador sobre la conducta que habían de seguir, afectó por algun tiempo inclinarse al partido de Francia; se quejó de las exigencias de la emigracion, y acarició al embajador. Este creyó de buena fe en aquellas demostraciones, y tranquilizó al gabinete francés sobre las intenciones de Prusia. La repentina desgracia de la condesa de Ashkof y el haber rechazado con injuria las ofertas de alianza hechas por Francia, desconcertaron los esfuerzos y trastornaron las esperanzas de Mr. de Segur, que pidió á Paris que se le volviese á llamar inmediatamente. Se dice que su tristeza con este motivo llegó casi hasta la desesperacion, porque preveía las desgracias que iban á caer sobre su país, y la combustion en que iba á hallarse toda Europa. Fué tanto lo que estos incidentes desagradables le impresionaron, que se dijo que había atentado á su vida. Sin embargo, este rumor no tenía otro fundamento que el haberle acometido un accidente en medio de un fuerte acceso de calentura producida por la consideracion del abismo que no había podido cerrar, y en el cual iban con efecto á precipitarse, en union de la familia real, todas las esperanzas del partido constitucional.

Este partido trató en esta misma época de conquistar á Francia un soberano cuya fama valia tanto como un trono en la opinion de Europa. Era éste el duque de Brunswick, discípulo de Federico el Grande, heredero presunto de su ciencia y de sus inspiraciones militares, y proclamado de antemano por la voz pública generalísimo en la futura guerra contra Francia. Arrancar al emperador y al rey de Prusia este jefe de sus ejércitos, equivalía á arrancar á Alemania la confianza y la victoria. El nombre del duque de Brunswick era un prestigio que cubría á Alemania con cierta especie de terror y de inviolabilidad. Madama de Staël y su partido intentaron lo que acabamos de decir, pero esta negociacion fué secreta y concertada únicamente entre madama de Staël, Mr. de Narbona, Mr. de Lafayette y Mr. de Talleyrand. Mr. de Custine, hijo del general de este nombre, fué el elegido para transmitir al duque de Brunswick las palabras del partido constitucional. El jóven negociador era el más á propósito para esta mision. Espiritual, seductor, instruido y fanático por la táctica prusiana y por el duque de Brunswick, cuyas lecciones iba á tomar en Berlin, inspiraba ya de antemano una gran confianza á aquel príncipe. Las ofertas del enviado se reducian al título de generalísimo de los

ejércitos franceses, á una renta de tres millones anuales y á un establecimiento en Francia, equivalente á sus posesiones y al rango que ocupaba en el imperio. La carta que contenía estos compromisos estaba firmada por el ministro de la Guerra y por el mismo Luis XVI.

Mr. de Custine salió para Brunswick en el mes de Enero. En cuanto llegó, hizo entregar la carta al duque, pero transcurrieron cuatro días ántes que pudiese verle; al quinto fué admitido por fin en audiencia particular. El duque expresó entónces á Mr. de Custine con militar franqueza el orgullo y el reconocimiento que le inspiraba el concepto que de él se tenía en Francia. «Sin embargo,—añadió,—mi sangre es de Alemania y mi fe de Prusia. Mi ambicion está satisfecha con ser la segunda persona de esta monarquía que me ha adoptado. Yo no cambiaré una gloria aventurada en el teatro inconstante de las revoluciones por la alta y sólida posición que mi nacimiento, mi deber y alguna gloria adquirida me dan en mi país.» Al terminarse esta conversacion, viendo Mr. de Custine la inflexibilidad del príncipe, manifestó su *ultimatum* é hizo brillar á los ojos del duque la eventualidad de apoderarse de la corona de Francia si ésta llegaba á caer de la frente de Luis XVI y era recogida por las manos de un general victorioso. Esto pareció deslumbrar á Brunswick, que despachó á Mr. de Custine sin quitarle enteramente la esperanza de acceder á lo que se solicitaba. El negociador partió de nuevo triunfante. Sin embargo, el duque, poco tiempo despues, ya sea por doblez, ya por arrepentimiento ó prudencia, respondió dando una negativa formal á aquellas dos proposiciones. Esta respuesta la dirigió el duque directamente á Luis XVI, y no á su ministro, y aquel infortunado rey conoció así la última palabra del partido constitucional, y cuán vacilante estaba ya en su cabeza una corona que se ofrecía en perspectiva á la ambicion de un enemigo.

## LIBRO SEXTO.

Aspecto de la Asamblea legislativa en sus primeras sesiones.—Se discute si debe haber ceremonial de apertura.—El rey se presenta en la Asamblea y es recibido con aplausos.—Dificultades de la Asamblea.—El clero, la emigracion, la guerra.—Parte del clero se declara contra el juramento civil.—Discurso de Fauchet, sacerdote juramentado.—Respuesta de Torné, obispo constitucional de Bourges.—Ducos pide que se imprima este discurso.—Gensonné aconseja la tolerancia.—Isnard la combate y es aplaudido por los girondinos.—Decreto contra los sacerdotes no juramentados.—Discurso de Brissot contra las potencias y los emigrados.—Otro de Condorcet en el mismo sentido.—Vergniaud sube á la tribuna.—Su retrato.—Discurso del mismo.—Otro de Isnard.—Decreto contra los emigrados.—Estos dos decretos consternan al rey y á su Consejo.—Carta de Andres Chenier sobre la libertad de cultos.—Lucha de los periódicos jacobinos y girondinos contra los Fuldenses.—Lafayette entrega el mando de la guardia nacional.—Bailly, corregidor de Paris, se retira al mismo tiempo.—Petion le sustituye.—Danton, como sustituto del procurador del distrito, empieza su fortuna popular.

### I

Tales eran las disposiciones recíprocamente amenazadoras de Francia y de Europa en el momento en que la Asamblea constituyente, despues de haber proclamado los nuevos principios, dejaba á otros el encargo de defenderlos y aplicarlos, á manera del legislador que se retira á descansar á su hogar para contemplar desde allí el modo con que se ejecutan las leyes confeccionadas por él. El gran pensamiento de Francia abdicaba, por decirlo así, con la Asamblea constituyente. El gobierno pasaba de unas manos hábiles á otras inexpertas ó apasionadas por un nuevo pueblo. Desde el 29 de Setiembre al 1.º de Octubre hubo una especie de cambio de reinado, y la Asamblea legislativa se halló aquel día frente á frente de un rey sin autoridad y por encima de un pueblo sin moderacion. Desde la session preparatoria se conoció ya la oscilacion desordenada de un poder sin tradicion y sin contrapeso que busca su aplomo en su propia sabiduría, y que, fluctuante entre el insulto y el arrepentimiento, se hiera á sí mismo con el arma que han colocado en sus manos.

Una inmensa multitud habia acudido á estas primeras sesiones. El aspecto exterior de la Asamblea habia cambiado completamente; todas las canas que ántes la honraban habian desaparecido, y cualquiera hubiese dicho que Francia se habia rejuvenecido en una sola noche. La expresion de las fisonomías, los rasgos, los ademanes, los trajes y la actitud de los miembros de la Asamblea no eran ya los mismos. Aquella altivez de la nobleza francesa tan marcada en sus miradas como en sus maneras, aquella dignidad del clero y de la magistratura y aquella gravedad austera de los primeros diputados del estado llano habian sido reemplazadas de repente por los representantes de un pueblo nuevo, cuya confusion y turbulencia anunciaban en ellas la invasion del poder, más bien que el hábito y la posesion de gobernar. Habia, sobre todo, gran porcion de diputados jóvenes; de modo que